LA POESIA REUNIDA DE VALVERDE

¿Hemos sobado lo suficiente la palabra crisis? Parece ser que no. Todavía esa palabra resulta muy socorrida para quienes desean ahorrarse explicaciones. Con decir que todo, absolutamente todo, se halla en una tremenda crisis es suficiente para que nos hagamos una idea general, de bolsillo más bien estrecho, teniendo en cuenta que quien se agarra a la palabrita es porque se autoconsidera capaz, con mucho, de traernos la "salvación" a poco que le escuchemos.

No hay crisis en nuestra poesía. Hay, y a marchas forzadas, evolución. ¿La evolución puede ser alguna vez un mal síntoma? Sucede, eso sí, que buena parte de lo que los poetas aparecidos tras nuestra guerra escribieron entonces y lo que algunos de ellos han seguido escribiendo después, responde a una concepción romántica del mundo, a un estado espiritual *de crisis*. En estos tomos dedicados a tales poetas, que la buena idea del editor Giner ha hecho posibles, vamos comprobando la existencia de una trayectoria semejante. Primeramente desconcierto, duda, angustia, desazón. Luego, un humano forcejeo, más o menos intenso, para salir de la situación cerrada. Para unos, esa salida se manifiesta en forma de poesía preocupada por el prójimo, poesía compadecedora; para otros, para los que no han trasladado sus problemas individuales a un área colectiva o a una parte de esa colectividad, el abridero ha sido la esperanza, la serenidad, la aceptación del mundo tal como es. (Tenemos que distinguir, naturalmente, una esperanza de latiguillo, de la otra, de la que ni siquiera necesita ser pronunciada para que la sintamos verdadera.)

He aquí un poeta que reúne su obra (1): José María Valverde. La comienza en 1945—epicentro del gran temblor que, de un modo u otro, aún perdura—muy joven, adolescente, y no sólo por la edad, sino también por lo que corresponde al contenido de su primer libro. Libro de crisis. En este caso, la crisis es religiosa, como tantas veces; todo está centrado aquí en Dios—salmos, elegías y oraciones—; el mundo está desrealizado, sublimado, y el poeta tiene la mirada alta, la voz fiel a un sentimiento de Dios, y, no obstante, falta asidero firme. El poeta lo sabe:

(1) Ediciones Giner. Madrid, 1961.

¡Oh cosas, apartaos, dadme ya su presencia
que tenéis escondida en vuestro oscuro seno!
Marcado por tu hierro vago por las llanuras,
abandonado, inútil como una oveja sola...
Hombre de Dios me llamo. Pero sin Dios estoy.

(Salmo inicial.)

El conflicto, expresado tan claramente, más que de falta de fe es de distancia palpable entre el anhelo metafísico y la realidad en que el lírico, como hombre, de Dios, pero sin Dios, se halla y de la que no se puede desprender. Y esa distancia, ¿cómo salvarla? En su actitud oracional, Valverde acude a la mención de la muerte y a la mención de la infancia. Ante la primera, el poeta siente miedo:

Pero es inútil todo; ¡tengo miedo!
¡Tengo el miedo del perro junto al hombre,
porque nunca lo entiende!
Miedo de no saber,
miedo al país de donde nadie ha vuelto...
¡Tengo miedo a ese pozo de vacío,
a esa noche sin fondo, aunque esté Dios atrás!

La infancia es una vivencia constante en la poesía de Valverde. La turbación alcanza a ella:

¡Oh, Señor, aquel niño que yo era
quiere pedirte, muerto,
que le dejes vivir en mi presente un poco!

Con la infancia solemos defendernos de nuestra propia inquietud, evasivamente (no en el sentido peyorativo, como se entiende ahora). El presente del poeta es en "Hombre de Dios" pura inquietud, sin perfiles concretos, sin temporalidad. Habla de las cosas del mundo siempre en función estrechísima con el motivo central de lo divino. El poeta refiere en todo momento la realidad—rosas, lluvia, cuerpo, primavera, un toro de lidia—al plano altísimo de Dios. Su consecuencia es el tono elegíaco, sin violencia expresiva, en dulce queja.

Pero esta situación va a variar. Va a variar en cuanto el poeta mire alrededor y al suelo, a su propio suelo de hombre. No radicalmente, de un plumazo, de un poema o de un libro a otro, como sucede más de una vez sin que ello resulte escandaloso. En el Valverde de *La espera* (1949) existen restos estremecidos de su obra anterior, insistencias en la crisis—"Y tendré el blanco sueño de la infancia—desde el que hablaba Dios, aún a mi lado"—, incluso al entrar en su poesía el tema amoroso. Y hay más: un poema donde el conflicto esencial vuelve a ser mostrado de una manera clarísima:

¿Sabremos algún día en esta vida
amar la eternidad?

Esto es, tensión entre la vida humana, aquí, ahora, y la esperanza sobrenatural. El poeta se pregunta y el poeta se contesta:

Así en la eternidad nuestro recuerdo
tendrá el tiempo y las cosas,
igual que el caminante detenido en el monte
tiene en la mano el valle con su río...

Ahora el tono va siendo distinto: la necesidad de vivir en el tiempo —forzosa necesidad—y la de no morir del todo tras la muerte quedan armonizadas en el poeta. La vida es espera de otra vida mejor. Yo me atrevo a decir que, aparte la ortodoxia de Valverde, ha influído en este principio de confianza el amor a mujer, a una mujer. En *El Señor y tú* le dice a la amada que en ella, "en el hondo corredor de tus ojos" se encuentra Dios, allí hay que buscarle, no "desgarrando los días, arrastrando la niebla".

Ya tenemos el germen de la futura obra valverdiana. En la nueva actitud, aún inmadura, cuentan mucho el entramarse en el tiempo, en el suyo, personal, íntimo—lección del mejor Antonio Machado—, y, como consecuencia, un acercamiento a las cosas. *Oración del amanecer en la ciudad* tiene notas realistas, bien entendido que este realismo no es ni será en el poeta extremeño una exigencia absorbente. ¿Cabe otra muestra más clara y espléndida de que Valverde ha hallado en este punto sus propias raíces que el poema *Despedida ante el tiempo?*

El meollo continúa siendo la religiosidad; de ella le viene la confianza, el seguro talante, la voz queda y natural. Si alguna duda nos quedaba, en el primer poema del libro siguiente, *Versos del domingo* (1954), ese *Salmo dominical ante el verano* nos la despeja:

> Esta mañana no dije Tu nombre, en cambio; te callé adorándote distraído,
> no medité tu sabiduría, ni me expliqué la justificación de la belleza,
> pero sentí confusamente que la sangre caminando se entredormía
> en un difuso consuelo, en un propicio y último suelo, algo como una mano.

Este gusto por la vida bajo la luz clara no puede ser más que mediterráneo. No creo que sea baladí anotar que el poeta escribe ahora sus versos en Roma; que es Roma, como ambiente concreto y como centro de la catolicidad, quien ayuda a que la confianza, ya plena, determine magníficamente el tono y el espíritu. Me atrevo a decir que el poeta católico José María Valverde lo es, sobre todo, a partir de este momento. El mundo—paisajes, calles, hombres—de cada día tiene aquí expresión honda, suave y emotiva. Personal plasmación:

> Y no soy ya mi fantasma interior;
> me llamo José María, y Valverde, y quizá hasta otras cosas,
> quizá hasta hijo, quizá hasta amor, quizá hasta padre,
> y más acá de las voces,
> de las dulces voces compañeras que me nombran,
> sé que soy con nombre,
> y me empiezo a nombrar a mí mismo, convencido,
> revolviendo en mi bolsillo la moneda con mi propio rostro...

Soy con nombre. Lo mismo hubiera podido decir "soy mi contorno". Porque el mundo poético de Valverde ha achicado sus límites para intensificarlos y concretarlos, mientras su voz más que cantar habla, humildemente contenida. La esposa y el hijo, la casa y el trabajo, las gentes de la ciudad son protagonistas de esta segunda parte. Su asentarse en los valores humanos, sin renuncia de los divinos, se nota en el saboreo del lenguaje, en cómo la preocupación intelectual queda resuelta en lírica.

Es claro: si el Dios de "Hombre de Dios" acusa resonancias bíbli-

cas, en su distancia y majestad, poco a poco José María Valverde ha ido acercándose poéticamente a Cristo, próximo y vivificador.

> Y cuando preguntando llegues al porqué de todo, empezaré a contarte del último [amor,
>
> enseñándote a poner la mano sobre el mundo para que sientas su música de trompo, la leyenda verdadera del Dios que tanto quiso a los hombres que nació con ellos; porque no sé si mi palabra puede algo más que enseñarte a rezar y retirarse.

La fundamental confianza del poeta—no perdamos el hilo—; la confianza respirable y llana, nunca vertida en bloque presuntuoso, le lleva a basar *Voces y acompañamiento para San Mateo* (1959), en la versión evangélica más sencilla de estilo. Aquí Valverde culmina, por ahora, su vocación de poeta religioso. "El mundo lo acepté", leemos en "Dedicatoria". La técnica de desdoblamiento empleada en esta obra tiene un significado importante: glosa evangélica y poema de intimidad, de contrapunto a veces, nos indican que el poeta quiere mantener su línea personalista, individual, junto a la otra, que le sirve, apoyándose en San Mateo, para darnos una visión respetuosa, cálida y artística del máximo texto cristiano. De esta manera el poeta amplía considerablemente sus límites sin renunciar, por otra parte, a darnos cuenta de ellos. La originalidad es indiscutible. Al lado de *El resucitado y su madre* está el *Himno para gloriar a mi esposa;* al lado de *Ultima cena* está *Comunión*.

Por descontado ha de tenerse que la madurez poética de Valverde es palpable. ¿Hay que añadir que va unida a la madurez espiritual? Cuando dialoga con su ayer, cuando se enfrenta con su ayer, le dice:

> —Tu voz de vieja angustia,
> apenas la comprendo;
> sé que no sabré nunca
> si ando de El cerca o lejos,
> sé que no le podría
> tocar mi pensamiento,
> pero al dejarme ir
> por la vida, sospecho
> que El me envuelve en su tacto,
> y es voz suya ese río
> que va bajo el silencio.

Acaso haya en esta confesión un regustillo amargo, acaso una nostalgia sutilísima; pero, sobre todo, un sentimiento de plenitud y llegada, firmeza en lo esencial del mundo y el hombre, fe que no precisa de gritos para ser verdadera. Y, en fin, serenidad sin aspavientos ni presunciones.

JIMÉNEZ MARTOS